
XXIX,

Concluyamos.

No hay para qué escribir más. Ya va siendo esto demasiado largo para quien lea, y mucho más para quien al escribirlo, vá repasando una por una las amarmuras de su vida. Remedios, mi hija, que sabe que m, envejecimiento es prematuro, y que padezco una enfermedad de esas que minan constantemente la salud, ha notado que desde que comencé á escribir el año pasado, he enflaquecido notablemente, y me da prisa para que acabe mi obra. La he engañado diciéndole que es un ensayo sobre agricultura en la tierra caliente.

Desde el principio de la enfermedad de Remedios, Felicia hizo saber á D. Mateo

sus relaciones conmigo, lo que bastó para enfriar el empeño del General de casarse con ella. Después, cuando persuadido de su quiebra volvió con nosotros á San Martín, no dijo una palabra sobre tal matrimonio, en el cual nosotros no habríamos consentido; puesto que no era sino el sacrificio voluntario de Felicia por nuestra felicidad.

Puestos él y yo al mismo nivel, no opuso resistencia á la unión de Remedios conmigo. La tranquilidad y la dicha de la joven eran el único pensamiento de aquel hombre singular, cuyas pasiones, como á mí las mías, le llevaron á un mundo que no era para él, y en el cual debía cometer tantos desaciertos. Creo que llegó á quererme; nunca á manifestarlo. Alejado de la política, vivía en un rancho que distaba poco de San Martín, trabajando con empeño, para allegar una suma que le gar á la que con derecho llamaba su hija.

Un dia Remedios se sintió mal; un fuerte escalofrío le obligó á acostarse, luego vino intensa calentura y agudo dolor en el costado derecho..... El médico de San Martín, D. Basilio Villarena, la atendió con todos los

recursos de que podía disponer; pero todo en vano. Al sétimo día, voló al cielo aquella mujer que fué siempre para mí el angel bueno y cariñoso que endulzaba mi vida. Llevóse todas mis alegrías; pero aún al abandonar la tierra quiso dejarme un consuelo: mi hija, que lleva el nombre de su madre.

¿Pero qué consuelo habrá bastante para mitigar el dolor de mis recuerdos?

Siempre me ha atormentado la idea de que mi historia comienza con la muerte de mi madre, y acaba con la muerte de Remedios. Y de ambas me considero culpable. Pero no bastaba ese eterno roedor para mi castigo. Carrasco, que ha venido á establecerse á San Martín, y de cuyas conversaciones huyo instintivamente, me dió hace poco noticias que no le pedí, y que Pepe Rojo ha llamado en sus cartas, con su habitual y piadosa discreción. Jacinta, abandonada por Redondo, fué cayendo y cayendo hasta lo más hondo de la degradación en la mujer..... Este ha sido nuevo castigo para mí. No sé si será el último; pero yo he querido imponerme el de escribir esta historia,

la cual habría sido más larga, si aún tuviera yo fuerzas para prolongar mi martirio.

Encerrado en el estrecho recinto á que he querido reducirme, oigo desde aquí el fragor de la tempestad que allá afuera ruge. ¡Ya la conozco! Las pasiones desencadenadas, la ambición sin freno, la envidia, la mentira, la farsa..... Y tan alto suenan los gritos de los vencedores, y los cánticos de la adulación y el servilismo, que no se oyen los ayes de los vencidos, ni los sollozos de tanta víctima! Yo soy de los cobardes que huyen de la pelea, y seguros en su escondite, tiemblan aún, si llega á sus oídos el ruido del combate.

Mi único afán consiste en dejar á mi hija, al morir, bienes de fortuna bastantes para que lleve una vida modestamente cómoda. Lo que Don Mateo le dejó, y lo que yo voy pudiendo allegar á costa de mucho trabajo, creo que será lo bastante para que yo muera tranquilo. Remedios le dió su alma llena de bondad y de virtud. No necesita más para ser feliz.



XXX

A última hora.

Acabo de recibir carta de Pepe, y agrego este breve capítulo, aunque el libro acabe en punta, como los linajes de que hablaba D. Quijote. Cada día admiro más y comprendo menos á mi antiguo amigo. Me dice que su obra «Reformas sociales» (que á mí me parece soberbia por el fondo y por la forma) no le produjo una peseta; por lo cual se ha resuelto á adoptar otro género literario, y de su primer ensayo me remite un ejemplar, para que le dé «mi ilustrada opinión, sin ambajes ni rodeos,» advirtiéndome que lleva vendidos diez y ocho mil ejemplares. Y la tal obra es una novena á San Francisco de Paula, escrita en el tono más

suplicatorio y llorón que se pueda imaginar. En la última página hay esta nota:

«Se suplica al devoto de San Francisco de Paula, rece tres Avemarías, por intención del autor.»

Dentro de la carta hallé un recorte de periódico, que por el tipo me parece ser *El Monitor Republicano*. Contiene el párrafo final de una correspondencia, y firma *El Corresponsal*. Héle aquí:

«La desidia, la negligencia del Gobierno en cuanto se refiere á los hombres notables que no figuran en el actual orden de cosas, no puede ser mayor. Como el ilustre General á quien nos referimos, han muerto en la oscuridad, el aislamiento y el olvido más ingrato, el General H, el General X, el General Cabezudo y otros grandes patricios que, como éstos, honraron al ejército nacional, y regaron su sangre en mil combates gloriosos.»

FIN.



LIBRO DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA DE NUEVO LEÓN
CANTON DE SAN ANTONIO, NUEVO LEÓN, MEXICO
1911

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
CAPILLA ALFONSO BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MAYO 19 83
MICROFILMADO P=66

33799

N
R112m

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

NO. ADQ.

33799

NO. N CLAS.

R112m

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

33799

"ALFONSO REYES"

N

R112m

Rabasa, Emilio, 1856-1930

Moneda falsa.

